REVISTA IBYS

PUBLICACION BIMESTRAL DEL INSTITUTO DE BIOLOGIA Y SUEROTERAPIA

DIRECTOR: GONZALO URGOITI

REDACCION Y ADMINISTRACION: BRAVO MURILLO, 53. MADRID. - TEL. 33 26 00

AÑO XVI MARZO 1957 NUM. 2

GREGORIO MARAÑON, PREMIO "JUAN MARCH" DE CIENCIAS

PEDRO LAÍN ENTRALGO.

Catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad Central.

Más de una vez he pensado que en Gregorio Marañón se realiza de modo muy señero y actual la noble manera de ser hombre que Cicerón llamó una vez homo humanus. *A la* humanitas *u hombreidad de ese* homo humanus, *resultante de la helenización del estrecho* homo romanus *de Catón, pertenecían esencialmente el saber, el amor al hombre y el sentimiento de comunidad. ¿Y no son estas tres notas los cauces por los que se mueve el alto y claro vivir de este maestro de la medicina española?*

Examinemos, siquiera sea con la brevedad que la ocasión impone, su rica contribución al saber. Marañón es a la vez médico, biólogo, historiador y—en el sentido francés del término; en compañía, por tanto, de los La Rochefoucauld y Vauvenargues—moralista. Médico, gran médico. Nunca ha dejado de proclamar con la palabra y con la conducta el puesto central y básico que la Medicina tiene en su talento y en su vocación más personales. En la historia del saber médico universal, su obra le sitúa entre los fundadores de una disciplina médica, la Endocrinología. Muchos de sus estudios, desde los que hace años consagró a los problemas biológicos y antropológicos de la sexualidad, hasta los más recientes sobre el síndrome ADB, quedarán como clásicos en la historia de nuestra ciencia. Espléndi-

damente dotado para ver la realidad natural y para ordenar artística e intelectualmente lo visto—la línea del conocimiento científico que jalonan los nombres de Goethe, Carlos Ernesto von Baer, Charcot y Jacobo von Uexküll—, Marañón ha sido, ya en aquello que, como españoles, más de cerca nos toca, muy principal figura en la empresa de llevar a la clínica el espíritu y la ambición que presidieron la obra de Cajal. Ese empeño, iniciado por San Martín, Madinaveitia y muy pocos más, cobró eficacia definitiva en unas cuantas salas viejas y lóbregas del Hospital General, a lo largo de los veinte años que subsiguen a la fecha—1911—en que comenzó a dirigirlas Gregorio Marañón. A esos hombres se debe la gloria de haber hecho injusta la dura frase de Cajal sobre los talentos perdidos "en el desierto de la clínica".

A la vez que médico y biólogo, Marañón es historiador y moralista de levantada calidad. ¿Acaso "El Conde-Duque de Olivares", el "Antonio Pérez" o el reciente "El Greco y Toledo" ceden, en cuanto obras históricas, a lo que como obras biológicas fueron "La edad crítica" y "Los estados intersexuales"? Y los ensayos de Marañón, transidos de una visión de la vida tan delicada y amorosa como penetrante, ¿no suelen ser, por ventura, joyas de la visión intelectual y del cordial sentimiento del alma humana? Bajo un estilo transparente, ligero y sugestivo, gustoso como un agua fina—el único licor cuya moda no ha pasado, desde el paleolítico hasta nuestros días—, la historiografía y la reflexión social y moral de este gran médico, siempre atenidas sin rodeos a la caliente realidad del vivir mismo, siempre desveladoras de alguno de los secretos de ese vivir, delatan al clínico a quien nada en el hombre puede ser indiferente.

"Soy hombre, y nada de lo humano me es ajeno". "Cosa sagrada es el hombre". Las viejas fórmulas de la humanitas *antigua, cristianamente depuradas y castellanamente revividas, laten día a día en el* homo humanus *que es Gregorio Marañón. Lo que en verdad constituye al gran médico—escribía él hace años—es "el amor invariable al que sufre y la generosidad en la prestación de la ciencia, que han de brotar en cada minuto, sin esfuerzo, naturalmente, como de un manantial... Sólo se es dignamente médico con la idea clavada en el corazón de que trabajamos con instrumentos imperfectos y con medios de utilidad insegura, pero con la conciencia cierta de que hasta donde no puede llegar el saber, llega siempre el amor". No son pocos los médicos que decoran las paredes de su consulta con las máximas venerables del Juramento hipocrático. Bien está. Pero si rectamente se piensa, más altas y humanas que esas máximas helénicas son las palabras del médico español, emergentes de una idea del amor al hombre harto superior a la que podía existir en el corazón de los asclepíadas de Cos.*

No sólo como médico, historiador y moralista es preclaro homo humanus *Gregorio Marañón; también, y de no menos eminente manera, como hombre, como mero hombre. Su prontitud al prólogo del libro ajeno, que él mismo ha comentado con tanta donosura; el regalo de sus cartas, que diariamente prodiga cuando la luz de la mañana otorga realidad nueva a la ciudad y al campo; la saeta benigna y elegante de las dedicatorias de sus li-*

bros; sus palabras de incitación, de consejo, de enseñanza o de solaz en la conversación amistosa y en el coloquio académico u hospitalario; todo proclama la fuerte vocación por la comunidad de quien siempre, a través de las más variadas vicisitudes históricas, ha aspirado a vivir como hombre entre hombres. Los que en el diserto y tranquilo seno de las sesiones ordinarias de la Real Academia Española le vemos sacar de su bolsillo, tras una exigente jornada clínica, vocablos y acepciones directamente extraídos del habla castellana más popular y entrañable—"alhorre", "zafarí"...—, sabemos bien cómo en el alma de Marañón late, incesante y obradora, la pasión de una convivencia española, humana y perfectiva entre las gentes de España y del mundo.

Tal es el hombre a quien este año ha sido concedido el Premio "Juan March" de las Ciencias. Fiel a sí mismo, ha resuelto dedicar su importe total al fomento de la investigación endocrinológica. Todos los médicos españoles, desde los que humildemente practican la medicina domiciliaria hasta los más egregios consultores, pasando por los que, como yo, viven reduciendo a historia contada la medicina que los demás hacen, nos sentimos gozosos sabiendo que Gregorio Marañón es a la vez médico, español y coetáneo nuestro.

P. L. E.